

clima y las artes de la paz, les habian enervado en tal disposicion, que no desmerecian de ninguna nacion civilizada en la delicadeza de sus mesas y el exquisito gusto en sus trajes de seda, sin ser tampoco inferiores en sus jardines, conciertos, danzas y en todos los placeres sensuales.

Hunerico, que no heredó más que los vicios de su padre, dejó libres en un principio á los católicos, sostuvo buenas relaciones con Constantinopla y cedió la Sicilia á Odoacro, mediante un rédito anual. Pero de repente las tribus moriscas de la Numidia, que habian ocupado los suyos, empiezan á asolar sus provincias sin que pueda llegar á detenerlas; pronto se arranca la máscara su crueldad; excluye á los católicos de todos los empleos; destierra á Córcega y condena á cortar la madera destinada á su escuadra á tres mil sacerdotes y obispos, á quienes acusa de haber querido convertir á su pueblo; despues se le ocurre convocar (483) á los obispos católicos y arrianos; aquel sínodo no hizo más que irritar los ódios, pues Hunerico decretó que las iglesias de los omousianos (católicos) serian cedidas con sus bienes á los verdaderos adoradores de la naturaleza; de esta manera era como se denominaba á los arrianos. Se arrojó, pues, á los católicos, y cualquiera que recibia de ellos los sacramentos pagaba una multa de diez dineros de oro; todo ilustre debia pagar 500; todo respetable, 400; los senadores y los eclesiásticos 300. Fueron los obispos llevados de cárcel en cárcel hasta el desierto sin más consuelo que los lamentos del pueblo; las vírgenes consagradas fueron objeto de una inquisicion impúdica, despues las sometieron á horribles tormentos para hacerlas confesar que habian sido violadas por los obispos. No faltaron los milagros en medio de los suplicios, y el de los desgraciados que continuaron hablando despues de haberles arrancado la lengua no es el de ménos nota.

El órden de sucesion instituido por Genserico llamaba al trono al de más edad de su familia; institucion viciosa, de la que resulta que todo príncipe celoso de asegurar la corona á sus hijos se encuentra dispuesto á hacer degollar á todo pariente cuya edad les excluya. De esta manera fué como Hunerico dió muerte á su hermano Teodorico y al hijo de éste, así como

al hijo mayor de Genzon. No pudo, sin embargo, transmitir el reino á su hijo Hilderico; cuando murió consumido de fastidio, como Sila, tuvo por sucesor á su sobrino Gundemundo.

Parece que la persecucion se disminuyó bajo este rey, que no supo oponer á los moros más que una débil resistencia (497). Su hermano y sucesor Trasamundo fué el más ilustrado y el más grande de los reyes vándalos; era amigo y cuñado de Teodorico, rey de Italia, quien le cedió una porcion de la Sicilia. Empleó el oro y las dignidades para seducir á los católicos, pero no pudiendo hacerles apostatar, desterró á sus obispos á Cerdeña y se apoderó de sus bienes. A su muerte hizo jurar á su sucesor no conceder la paz á los anastasios.

Cuando Hilderico, hijo de Hunerico, perdió á su padre, se refugió con su madre en Constantinopla, de donde fué llamado, despues de treinta y nueve años de ausencia, para reinar sobre los vándalos, cuando Trasamundo murió. Sobrino por línea paterna del terrible Genserico, y del emperador Valentiniano por su madre, íntimamente ligado á Justiniano, mostróse sábio y tolerante; creyéndose más obligado á observar las leyes de la justicia y de la humanidad que á guardar el juramento hecho á su predecesor, protegió á los católicos, restableció en sus diócesis á doscientos obispos y se condujo cual cumple á un príncipe clemente y moderado.

No le perdonaron los arrianos; hicieron circular la idea de que, descendiente degenerado de los reyes vándalos, tenia relaciones con la córte griega con detrimento de la nacion. Trámóse la primera conjuracion contra él por Almalafrida, viuda de Trasamundo, y fué castigada con la muerte de aquella reina; pero una batalla que perdió contra los moros le hizo destronar y encerrar en un calabozo. Hizosele cargo entonces con justicia por su cobardía y algunos actos de crueldad. Se le substituyó Gelimero, que tenia opinion de ser más valeroso y resuelto.

Conmovido Justiniano de ver á un rey prisionero del cual era particular amigo y que tenia su misma creencia religiosa, se resolvió á abrazar la causa de Hilderico y á ejercer el derecho de soberanía que á título de emperador se abrogaba sobre todos los reinos que habian de-

pendido de Roma. Trató primero dos veces por medio de sus embajadores de inclinar el ánimo de Gelimero á que tratara á su cautivo con las consideraciones que reclamaba el parentesco, la clase y la edad del desgraciado. No pudiendo obtener nada, se preparó á la guerra y confirió su direccion á Belisario. La parte que aquel general habia tomado en la represion del levantamiento de Constantinopla, y sobre todo las intrigas de Antonina, su mujer, le habian devuelto su antigua privanza. Hija de una cortesana del teatro y de un carretero, amiga, cómplice y rival de Teodora, si Antonina ejercia sobre su débil marido una autoridad despótica, tambien sabia aprovecharse del favor con que la emperatriz honraba á Belisario, y ella le acompañaba en sus expediciones.

A semejanza de los jefes de bandas en la edad media, tenia á sueldo un cuerpo de astutos á caballo, comprometidos á obedecerle bajo juramento, aguerridos todos ellos por un largo ejercicio de las armas. Su ejército, compuesto de hérulos, de hunos, tracios é isaurios, en número de cinco mil ginetes y doble número de infantes, fué embarcado en una porcion de bajiles y se dió á la vela para esta otra guerra púnica. Llevaba la flota veinte mil marineros, reclutados en Egipto, en la Isauria y en la Cilicia. Dejó á Constantinopla despues de recibir la bendicion del patriarca, santificada, además, con la admision en el navío almirante de un tal Teodosio, jóven guerrero que Antonina acababa de sacar de pila, y que ella tomó bajo su proteccion con un afecto superior al de madrina. Se pretende que Belisario inventó entonces las señales náuticas, lo cual impidió á la escuadra extraviarse, como habia acontecido con las otras expediciones. Despues de tres meses de navegacion abordó á la playa africana. Si Gelimero la hubiera atacado en el mar, siendo muy superior como era por la fuerza y el número de sus buques, fácilmente hubiera vencido los bajeles bizantinos, de los cuales unos eran pesados é incapaces de moverse con rapidez, y otros demasiado pequeños y débiles para resistir á un ataque serio; pero ignorando el peligro, habia enviado su escuadra á Cerdeña cuando se trataba de defender sus propios hogares. Pudo, pues, Belisario desembarcar sin peligro y establecer su campo.

Tuvo gran cuidado en mantener la disciplina sin dejar de dar grandes ejemplos de rigor, lo cual le valió ser considerado por los africanos como un libertador; así fué que el mercado se vió provisto abundantemente de granos por los propietarios. Con respecto á los magistrados, permanecieron en su puesto y administraron en nombre de Justiniano, y el clero predicó en favor del emperador ortodoxo.

Habiéndole abierto sucesivamente sus puertas gran número de ciudades, marchó Belisario contra Graso, residencia de los reyes vándalos, á cincuenta millas de Cartago. Hubiera querido Gelimero hacer durar la guerra hasta que su hermano Zanon volviese á Cerdeña; pero los vándalos, en su primera invasion, no habian dejado existente una ciudadela, ni un lienzo de muralla; eran en un principio en número de cincuenta mil combatientes, y se habian multiplicado hasta el punto de poder armar ciento cincuenta mil hombres; pero muchos de aquel número eran partidarios de Hilderico; así fué que cuando Gelimero le hizo degollar, se indignó el pueblo de tal manera, que sin oponer ningun obstáculo á Belisario, le recibió con alegría en Cartago. Sin embargo, Gelimero, que reclutaba partidarios y llamaba á su hermano, hizo una última tentativa. A la cabeza de un ejército, tal vez veinte veces más fuerte, atacó á los romanos á poca distancia de Cartago; pero la pérdida de la caballería arrastró tras sí la completa caída de la dominacion vándala. La retirada de Gelimero fué seguida de la derrota de los suyos, y el libertinaje, la avaricia y la crueldad de los romanos hallaron medio de cebarse en su campamento.

No descuidó nada Belisario para refrenar el furor de los soldados y para librar á los vencidos de inútiles crueldades. Protegió á los que se habian refugiado en las iglesias y los distribuyó en lugares donde no podian ni temer ni causar peligros; despues de haber conquistado el Africa en tres meses, estableció sus cuarteles de invierno en Cartago, y obtuvo allí la sumision de los vándalos, como tambien las de las provincias que les habian obedecido, ya en tierra firme, ya en las islas. Los mismos príncipes de la Mauritania vinieron á rendirle homenaje y á pedirle, en señal de la investidura imperial, un cetro, una gorra ó un bonete ador-

nado con láminas de plata, un manto blanco, una túnica corta y algunas cintas bordadas de oro.

Después de haber inmortalizado Justiniano aquellas victorias en el preámbulo de las Pandectas, mandó que fuera restablecida en Africa la jurisdicción de la Iglesia católica; proscribió á los arrianos y donatistas, convocando además un sínodo de doscientos diez y siete obispos; Trípoli, Leptis, Cirta (Constantina), Cesárea (Cherchell) y Cerdeña, recibieron duques con suficientes guarniciones. Un prefecto del pretorio, de quien dependían siete provincias, fué nombrado para el Africa, en donde restableció el emperador el uso del derecho romano, concediendo á las familias desposeídas por los vándalos la facultad de reclamar sus bienes, aunque solamente hasta el tercer grado.

Seguido de algunos compañeros fieles á su desgracia, Gelimero se había retirado á las montañas de la Numidia, en donde fué cercado y reducido á las más crueles extremidades por Fara, comandante de los hérulos. Habiéndole escrito este oficial para manifestarle interés y decirle que confiara en él, Gelimero le envió á pedir un arpa, una esponja y un pan; siendo su intención, según decía, calmar su hambre con el último, humedecer con la segunda sus enfermos ojos, y deplorar con el arpa el cambio de su fortuna.

Accedió Fara á su deseo, pero no disminuyó en nada su vigilancia, viéndose, finalmente, reducido Gelimero á entregarse á merced del vencedor. Fué llevado á Cartago, y cuando se le presentó á Belisario, soltó una estrepitosa carcajada, ya porque el infortunio hubiese alterado su razón, ó bien porque reflexionara sobre la vanidad de las grandezas humanas. Tampoco las del vencedor de Africa debían durar mucho; pues la envidia espiaba todas sus acciones y sus más insignificantes palabras, con el fin de despertar en Justiniano celosas sospechas, dándole á entender que su general, que estaba dotado de un raro valor, aspiraba al trono de los vándalos. Si hubiera querido ocuparlo, ¿quién se lo hubiera impedido? Pero aquel bizarro capitán no era más que un general servidor, sin que jamás se apercibiera de que podía su espada hacer temblar al déspota de Bizancio. Informado de los recelos del príncipe,

se embarca y retorna; su prontitud disipa las aprensiones de Justiniano, quien le concede el triunfo; honor que ningún general había obtenido después de Tiberio.

En la solemne procesion que se verificó desde el palacio de Belisario hasta el Hipódromo, pasando por debajo de arcos de triunfo, erigidos de distancia en distancia, vió Constantinopla desplegarse á su vista las riquezas que Genserico había despojado al mundo; armaduras, carros, tronos de oro, y los vasos y las fuentes de las mesas reales. Un hebreo que reconoció entre estas últimas las que habían sido robadas del templo de Jerusalem, exclamó, que si aquellos vasos entraban en el palacio de Constantinopla, ó en cualquier otro lugar que aquel en que habían sido colocadas por Salomon, sería un sacrilegio y una causa de desastres. A consecuencia de un crimen semejante, según él decía, había tomado Genserico la capital del imperio, y los mismos vándalos habían caído. Sabedor Justiniano del hecho, volvió á enviar á Jerusalem aquellos ornamentos del templo, que ya habían hecho tan largo viaje.

Renunciando Belisario á la pompa de la cuadriga, se mostró á pié á la cabeza de sus valientes, llegando al Hipódromo en medio de los más universales aplausos; allí se inclinó delante de Teodora y de Justiniano, á quien cedía, como monarca, una gloria que no había ganado. Siguió Gelimero la comitiva sin emoción, sin quejarse, repitiendo solamente de vez en cuando estas palabras de Salomon: «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad.»

Entre la pérdida de otras virtudes, hay que notar cuán humano se había vuelto el espíritu público. Roma hubiera dado en espectáculo al pueblo la muerte del sucesor de Genserico y la lucha de sus compañeros contra las fieras; en la época de que tratamos se nombró patricio al vencido, cediéndole un vasto territorio en la Galacia para que viviera en paz con su familia y amigos. Tomaron á su cargo Teodora y Justiniano la educación de las hijas de Hilderico. Los más valientes vándalos, repartidos en cinco escuadrones de caballería, sostuvieron en las guerras que se sucedieron la reputación de valor de que su nación gozaba; confundióse el resto con las poblaciones africanas, y aquel

pueblo, tan formidable en el siglo precedente, quedó borrado de la historia.

A causa de su pronto llamamiento, no le había sido posible á Belisario consolidar la posesion de la nueva provincia africana. No bien conocieron los moros de la Libia la decadencia de los vándalos, cuando abandonaron sus desiertos para establecerse en la Numidia y hasta en las costas; Belisario los había contenido habiéndose llevado los hijos de sus jefes en rehenes. Pero apenas se había dado á la vela, cuando pudo ver las llamas de los incendios ocasionados por ellos en el territorio recientemente conquistado. El eunuco Salomon, á quien había dejado encargado del mando, los venció persiguiéndoles en sus más inaccesibles guaridas, y consiguiendo por este medio refrenarlos durante muchos años. Pero aquellas hordas, entonces como ahora el más terrible azote de toda civilizacion ingerida en el territorio africano, destruyeron bien pronto toda cultura y toda habitacion fija; de tal modo, que á fines del reinado de Justiniano lo que se llamaba la provincia de Africa formaba apenas la tercera parte de la Italia.

Fué el azote particular de aquella época el espíritu faccioso de los arrianos y la intolerancia de los católicos, cuyas luchas ocuparon sin cesar al eunuco gobernador; añádanse á esto las depredaciones del fisco. Apenas había Belisario reconquistado un país, cuando Justiniano, que libertaba el Africa y la Italia, no por la ventaja de aquellos territorios, sino para satisfacer su ambición y su avaricia, lo dejaba exhausto de dinero á fuerza de impuestos, y por la nueva adquisicion de los bienes que habían pertenecido en otro tiempo al imperial dominio, lo cual respecto del Africa se hacia extensivo á la mayor parte del territorio. De aquí murmuraciones, después levantamientos, represiones crueles y asesinatos, cosas todas que acabaron por extinguir la civilizacion en aquellas comarcas, donde había prosperado dos veces.

También fueron avasalladas las islas del Mediterráneo por Belisario; pero la posesion de la Sicilia vino á dar motivo á una guerra con los godos (534—554), que valió á Belisario, como lo hemos dicho en otra parte, nuevos laureles y mayor dosis de ingratitud.

El poder de Justiniano, soberano de la Sicilia, del Africa y de la Italia, hizo sombra á Chosroes Nouschirvan, y con tanto más motivo por haberle enviado aviso Vitiges, rey de los godos, y los príncipes armenios, de que Justiniano aspiraba á la dominacion universal. Después de haber avasallado á los naciones unas tras otras, decían, caerá más formidable sobre Persia: era, pues, urgente prevenirle cuando se hallaba embarazado allende los mares y aprovecharse de la desgracia de Belisario, su más firme apoyo. No necesitó de mas Chosroes; sin miramiento alguno á la paz jurada, arma (540), bajo pretexto de castigar á los árabes sasánidas, quienes habían atacado al chái Al-Mondar de Ira, tributario de la Persia, y penetrando en la Siria, toma y entra á saco á Berea y á Hierápolis. Al aspecto de una matrona maltratada por las calles, derramó lágrimas y maldijo á los autores de aquellos ultrajes, aunque sin estorbarlos. Vendió al obispo de Sergiópolis, mediante 200 libras de oro que le prometió, mil doscientos prisioneros; pero no bastando la virtuosa pobreza del santo varón á completar la suma generosamente ofrecida, le castigó el rey cruelmente por ello. ¡Y Chosroes era sobrenombrado el Justo!

Avanza sobre Antioquia precedido por el terror, escoltado por la devastacion. Aquella ciudad se defiende con más teson del que podía esperar de sus afeminados moradores, pero la toma y la entrega al saqueo. Reservando para sí los vasos preciosos de la principal iglesia, envía á Persia las estatuas, los cuadros, los objetos raros y de estima; luego manda prender fuego á la ciudad, afectando deplorar su obstinacion y su infortunio. De esta suerte pereció aquel *ojo de la Siria*, aquella *perla del Oriente*; y aquellos de sus hijos que la sobrevivieron, hubieron de llorar sumidos en la servidumbre. Chosroes siguió el curso del Oronto durante el espacio de diez y ocho millas, hasta el punto donde desemboca en el Mediterráneo; se bañó en este mar y ofreció un sacrificio al sol; retrocediendo después, fundó, cerca de Ctesifonte, una ciudad que pobló de prisioneros.

Enriquecido y vengado hallaba cerca de Justiniano excusas, que hace valederas la victoria, y le propone la paz á condicion de que los

romanos le paguen de una vez 5.000 libras de oro, y además 500 cada año. Se compromete á renunciar á todo derecho sobre Dara, y á impedir que ningun bárbaro trasponga los Puertos Caspios para causar daño al imperio.

Aseguraban los diplomáticos de Justiniano, como verdaderos sofistas, que bastaba salvar el honor del imperio, declarando que no se trataba de sujetarse á un tributo; pero él comprendió que las circunstancias exigían otra cosa. Decidióse á hacer la guerra (542), y llamó á Belisario de Italia. Acelerando el general sus preparativos, penetra en el país enemigo con un ejército mal pagado, sin disciplina, y en cuyas filas había árabes de fidelidad dudosa; devasta la Asiria, pero sobreviniendo el verano y en pos las epidemias, tuvo necesidad de replegarse á las provincias del imperio.

Tentaba sabremanera á Chosroes la conquista de la Cólchida, porque una vez dueño de la embocadura del Faso, hubiera podido sostener una escuadra para dominar el Euxino, las costas del Ponto y la Bitinia é inquietar de cerca Constantinopla. Ya estaba en el país de los lazios, cuyos reyes se hallaban á la sazón bajo la tutela del emperador romano y recibían las insignias de la autoridad de su mano. Pero cuando Juan Tribas, caudillo de la guarnición romana, se hubo apoderado de un segundo fuerte en la frontera de los iberos, concibieron recelo los lazios, se volvieron del lado del rey de Persia, quien expulsó á las tropas imperiales y puso guarniciones en aquel territorio.

Acudió Chosroes tan luego como supo la noticia de la invasión de Belisario, y encontrando que el enemigo se había ya retirado, penetró en su territorio y se encaminó hácia la Palestina. Pero Belisario maniobró con tal habilidad que obligó á Chosroes á emprender la retirada y á abandonarle una victoria sin efusión de sangre, más gloriosa que sus triunfos de Africa. No por esto dejaron los ociosos cortesanos de Constantinopla de calificar de crimen su conducta, acusándole de haber dejado escapar al enemigo, hasta el extremo de ser reemplazado en el mando. De otra manera pensaba Chosroes; porque tan pronto como se verificó el llamamiento de Belisario, renovó sus ataques, y vió á cuatro mil de los suyos poner en fuga á treinta mil adversarios, mandados

por quince generales (545); habiendo entonces penetrado en Mesopotamia, sitió á Edesa, y forzó á Justiniano á comprar la paz mediante 2.000 libras de oro y el envío del famoso médico Tribuno.

Conociendo Chosroes que el cambio de dominación y el celo de los magos por introducir en la Cólchida el culto del fuego, disponía á los lazios á pasarse á otra bandera, resolvió hacer asesinar á Gubazo, su rey, y trasladar á Persia á los habitantes del país. Era su intención enviar allí colonias de persas y asegurarse de esta manera el paso hasta el Euxino. Habiendo penetrado Gubazo este proyecto, reclamó el socorro de Justiniano (548), á quien el interés hizo olvidar la injuria recibida. Le envió ocho mil soldados, á los cuales se unieron los lazios para sitiarse á Petra, plaza importante que acabaron por tomar y dismantelar.

En lugar de proseguir Justiniano sus campañas por aquella parte, trató de no ocuparse sino de la Italia, para lo cual compró un armisticio de cinco años á Chosroes; pero para pagarle sobrecargó de tal manera á sus súbditos con impuestos, que se manifestaron más dispuestos á favorecer á los persas que á combatirlos. Desde el momento en que espiró la tregua, éstos atacaron á Lálica (556), é hicieron huir á las tropas imperiales que en su despecho asesinaron cobardemente á Gubazo. En fin, una sangrienta derrota redujo á Chosroes á la necesidad de pedir la paz; abandonó la Cólchida (562), por la suma de tres mil monedas de oro, y permitió á los cristianos el libre ejercicio de su culto en sus estados.

Encontrábase entonces Justiniano, por la destrucción del poder de los ostrogodos, dueño de la Italia y de las islas. Habían permanecido los visogodos de España en la inacción durante el peligro de sus hermanos, y á la sazón reclamaban la asistencia de Justiniano para sostener á Atanagildo, quien disputaba á Aguilá la corona que había quedado vacante por la muerte de Teudis (552). Aseguróle su posesión tranquila el patricio Liberio (554), y los griegos tuvieron en recompensa á Valencia y á la Bética Oriental. Sostuviéronse con trabajo hasta la época en que Leovigildo los echó de Córdoba (584), y Suintila de toda España (624).

Entre tanto los bárbaros no permanecían en reposo. Rechazados los ávaros por los turcos hasta las orillas septentrionales del Mar Negro, pidieron asilo al emperador (552). Acogiéndolos como una excelente defensa contra las tribus germánicas, eslavas y tártaras, que se movían sobre el Danubio.

Cuando los godos abandonaron sus riberas para socorrer á sus hermanos de Italia, los gópidos ocuparon la Pannonia, y el mejor expediente que encontró Justiniano fué excitar contra ellos á los longobardos y fomentar una larga guerra entre aquellos dos pueblos. Diseminados los esclavos por tribus numerosas en Polonia y Rusia, en chozas más parecidas á cuevas que á habitaciones de hombres, se lanzaron de nuevo sobre la Mesia y la Macedonia, y llegaron hasta la misma Grecia.

Más temibles aún los búlgaros, y habiéndose aliado con los eslavos, hicieron pasar por el hielo del Danubio á las dos tribus de los uturguros y de los caturguros; estas tribus asolaron la Tracia con tanta ferocidad como valor. Extendieron la ruina y el pillaje desde los alrededores de Constantinopla hasta la Jonia, destruyendo treinta y dos ciudades, entre las que se contaba Potidea, célebre por los combates de Filipo y la elocuencia de Demóstenes; llevándose allende el Danubio cien mil esclavos atados á los ronzales de sus caballos. En otra escursión, asolaron la Grecia y atravesaron el Helesponto. Vieron los emperadores con espanto pasar aquel temible azote, del cual no estaban defendidos sino por la muralla que atravesaba el Chersoneso. Pero habiendo un temblor de tierra arruinado aquella fortificación, penetraron los búlgaros guiados por Zamerger á través de las ruinas y avanzaron sobre Constantinopla (559).

La inminencia del peligro hizo sacar á Belisario de la oscuridad en que estaba y á que se le había relegado desde que dejó de ser necesario; y él, siempre pronto á demostrar su valor, sin acordarse jamás de la injuria, tomando apresuradamente el mando de las guardias y de los ciudadanos armados, derrotó á los búlgaros y los rechazó allende el Danubio. Para asegurar entonces Justiniano su tranquilidad por aquella parte, se comprometió á pagarles un tributo anual, bajo la condición de

que defenderían el imperio contra los demás bárbaros.

Este gran general, que despidió un rayo luminoso sobre la lánguida agonía del imperio griego, adorado del ejército, amado de los vencidos, respetado del enemigo, casto en su conducta, desinteresado como un caballero, secundado en sus empresas por su valor y fortuna, fué sin cesar blanco de la envidia de los cortesanos y juguete de una indigna mujer; ciego por su amor hácia ella, no veía sus infamias, y aquellos que se las revelaban eran desmentidos por sus lágrimas y protestas, siendo despues severamente castigados. Si se atrevían á formular alguna queja Antonina, por la mediación de Teodora, le hacía reemplazar en el mando en medio de sus victorias, siéndole necesario para volver á empuñar su espada apaciguar á aquella irritada mujer. Ella hizo, por sus intrigas, que se le llamase de Italia; haciendo por el mismo medio que se le volviese á enviar. Muchas veces le acompañó, entregándose en el campo á su licencia ordinaria y reuniendo tesoros. No le siguió á Persia por permanecer en Constantinopla y recobrar uno de sus amantes. Instruidos su marido é hijo de esta vergonzosa conducta, piensan, en fin, vengarse, cuando ella se aparece de repente, disipa la tempestad y recupera su ascendiente sobre su marido, cuyo crédito mina al mismo tiempo para hacerle llamar nuevamente. A su llegada á Constantinopla acude Belisario á palacio, donde no tan sólo es mal acogido de los soberanos, sino que reconoce en las maneras de aquella vergonzosa turba de cortesanos, que arregla su conducta según el gusto de los príncipes, que tiene todo que temerle. Torna desconsolado á su casa, no sin volverse más de una vez por ver si es seguido. Despues de una noche de insomnio vé llegar un pliego de la córte, y el vencedor de los godos, de los vándalos, de los búlgaros y de los persas, lee temblando estas palabras trazadas por Teodora: «Sabes cuánto me has ofendido, pero debe grandes obligaciones á tu mujer, y te perdono por consideraciones á ella. Débele, pues, tu vida, tu salvación y tu fortuna, y que los hechos atestigüen tu reconocimiento.»

Al leer esto Belisario, tan débil como el duque de Malborough, se arroja á los pies de An-